

EL ÁCRATA Y EL MODISTA: DOS VISIONES DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

ALAI GARCIA DINIZ

Universidade Federal de Santa Catarina

Preludio

Se escucha un fragmento del tango “El choclo” (Villoldo- Discépolo-Catan). Al bajar la música digo: -¡ *Cesen nomás con esta música de arrabales! ¿Qué hacen ustedes aquí gente tan bien nacida con semejantes modales absolutamente ajena a ese sitio lleno de malevos, compadritos y mujeres de cabaret.*

Como decía Lugones:
Chica que arrastras en el tango
con languidez un tanto cursi
la desdicha de flor de fango
trovado en versos de Contursi...

Dicen que fue en las calles
de la Boca o en Palermo:
otros, que en los Corrales,

la Batería o San Telmo.
Pero, amigo, se me hace
que el tango nació en el mismo
corazón de Buenos Aires.
(José Portogalo, letra para “Juan Tango”)

Buenos Aires, donde el tango nació
tierra mía querida
yo quisiera poderte ofrendar
toda el alma en mi cantar
y le pido a mi destino el favor
de que al fin de mi vida
oiga el llorar del bandoneón
entonando tu nostálgica
canción. (Manuel Romero)

Los cronistas

El recorte de distintos discursos sobre la ciudad de Buenos Aires de principios del siglo XX puede servir para la reflexión sobre cómo la producción simbólica posee leyes de circulación y formación de consumidores.

En el caso específico del género “crónica” el rasgo principal es ser efímera y por su límite temporal puede tal vez contribuir tanto para captar algunas redes de poder que hoy deseamos localizar, como para desacralizar sea noción de la función de la función unívoca de un géneros determinado en un contexto, sea la acepción convencional de que hay una jerarquía entre las reconocidas estructuras formales.

Bar Domínguez
de la vieja calle Corriente
que ya no queda,
de cuando era angosta
y la gente se mandaba
el saludo de vereda
a vereda...

Esa letra de tango de Enrique Cadícamo de principios de siglo señala el período de la modernización de Buenos Aires, Bajo el modelo haussmaniano de ciudad, las calles porteñas se transforman en largas avenidas para ceder terreno al automóvil con su velocidad al compás de las exigencias capitalistas, ¿Qué quedaba de la vieja ciudad colonial con sus Audiencias, Arzobispados, Tribunales que creada artificialmente funcionaba como centro transculturador?

En lugar del escribano que poseía la función de dar fe de las escrituras, o dominar a través de la lengua escrita con su rigidez y permanencia la posesión de la tierra (en el idioma europeo, por supuesto), llegan los escritores.

El nuevo deseo utilitario del consumo requerirá la disposición de mercancías en los escaparates. Hay escaparates de vidrio y hay los que

son de papel. En búsqueda de negocio, de la moda, del mercado de lujo u otros bienes culturales empieza un nuevo vicio urbano: la lectura del periódico.

De fuera surge un nuevo requerimiento de materias primas para la industrialización y alimentos para Europa. De dentro viene la propuesta de Sarmiento *Gobernar es poblar*. Y cómo se poblaron algunas ciudades.

Buenos Aires multiplicó por cinco su población desde 1880. En 1910 la ciudad cuenta con más de un millón de habitantes y era en aquel entonces el mayor conglomerado humano de cualquier país de lengua española. El blanqueamiento como fórmula de desarrollo cultural creó la inmigración masiva a partir de 1870. Desgraciadamente no siempre los que venían eran inmigrantes de los campos depauperados europeos.

Dos de los autores que vamos a analizar aquí son inmigrantes españoles que vinieron en ese aluvión. Eduardo Gilimón llegó a Argentina en la última década del XIX y provenía del extracto obrero de una Barcelona agitada por las huelgas y represiones. Rafael Barrett, de ascendencia hidalga, salía de Madrid el año de 1903 después de volverse personaje de la crónica policial. Barrett causó un escándalo en un teatro (Circo de Parish) donde le aplicó dos fuertes golpes de bastón al Duque de Arion.

Según *El Globo* de 25 de abril de 1902, lo que motivó el acto del “individuo” fue el hecho de que en un Tribunal de Honor de una sociedad de caballeros, presidido por el referido Duque, descalificaron a Barrett. La información que el periódico no revela es que se acusó a Barrett de afeminado. Al intentar probar su masculinidad con una constancia médica, ni siquiera el Duque le contestó. Por lo tanto Barrett venía a Buenos Aires a causa de cuestiones personales pero Gilimón llegaba con un claro designio político.

El tercer escritor es Enrique Gómez Carrillo y la elección se debe al deseo de dialogar con un discurso hegemónico frente a insignificante reconocimiento de Barrett o Gilimón en las historias de la literatura. Tres periodistas del comienzo del siglo; dos españoles y uno guatemalteco: los tres transnacionales.

Con una trayectoria diametralmente opuesta a los primeros, el joven periodista Gómez Carrillo se había marchado muy joven a Europa después de haber logrado una beca del Gobierno de Guatemala para perfeccionar sus estudios aunque le faltara concluir todavía el bachillerato en su país.

Y lo que es peor es leer su relato *En plena bohemia* donde explica hasta que punto llega su deseo de aculturación en Francia y los mecanismos de negación de su identidad.

“- ¿ De dónde?

- De Guatemala...

- De Guate „¿ Qué?

- Mala...(... Echóse a reír nerviosamente, ruidosamente...exclamaba:

Gratemoilá! Yo me sentía inquieto, indignado. Por primera vez en mi vida, sentía la insignificancia cómica de los países de América que tienen nombres raros... Había en mi alma una herida que me hacía sufrir que era la misma de

que han sufrido casi todos los hispanoamericanos en Europa...No se concibe ni en Picadilly ni en el bulevar, en efecto, que un caballero que habla bien, que viste bien y que no tiene cara de mono, pueda ser de esas comarcas exóticas...- *Soy griego de Atenas*¹

En el caso de Gómez Carrillo, ¿esa pérdida de identidad operaría la desterritorialidad de un discurso que filosofa sobre el frívolo? No pretendo ofrecer aquí la respuesta sobre su obra en general. Me basta con hacer hincapié en que como discurso transnacional su texto sobre la ciudad de Buenos Aires revela también una construcción simbólica en relación a la modernización.

El propósito de la comparación entre estos tres autores no es confrontarlos para excluir uno o dos de ellos, sino para recortarles la función de guía que elige distintos peligros del proceso por que pasa Buenos Aires en el inicio del novecientos.

La crónica protesta

Al aceptar la idea de la crónica como archivo de la experiencia urbana, creo que sería oportuno echar un vistazo a la obra *Un anarquista en Buenos Aires*² cuya perspectiva es testimonial. Gilimón crea un discurso narrativo no-ficticio y aprovecha la práctica de redactor del periódico ácrata *La Protesta* (1904-1910) para componer sus crónicas que, aunque “sueltas”, según él, figuran en una intencionalidad cronológica rígida. Su testimonio presupone que hubo hechos pasados que quiere presentar como evidencias a los lectores: los jueces.

En ese esquema algunos hechos históricos cobran especial relevancia (1902: el Primero de Mayo, el 4 de febrero, el 8 de mayo). En su explicación preliminar, cuando se permite aun el uso del “yo”, él subraya:

Testigo presencial de sus luchas y copartípe en no pocas de ellas, me he creído en condición especial para llevar al libro mis impresiones personales, trazando un esbozo de la vida activa de los trabajadores argentinos.³

En calidad de expatriado que el sujeto hablará de la alteridad desde su política transnacional cosmopolita que conduce a una narrativa de desarraigo. Su perspectiva no se confunde con el objeto narrado “la vida activa de los trabajadores argentinos”. La primera persona solo aparece en la explicación preliminar, desterritorializándose en favor de la acción. El narrador demuestra conocer todo el arsenal científico de la historia como disciplina. Sin embargo, no tiene la intención de desempeñar el rol de historiador:

...faltan muchos sucesos, muchas huelgas...ni contiene estadísticas...que jornales y horarios tenían...” (La historia) es la labor fría de estudioso y para estudioso, poco apropiada para la generalidad del público y carente, además, de fuerza expresiva.⁴

En ese discurso que se revela entre las fronteras disciplinarias: historia y literatura se instala su deseo de poder. En resumen Gilimón se apoya en la

contradicción entre el discurso histórico como disciplina académica que tiene circulación limitada (entre iguales) y otro quizás interdisciplinario (menos preciso) pero más abarcador, con evidencias directas, circunstanciales y demostrativas: un discurso humano en su intento político: el de la persuasión.

Además de eso el testigo detenta un saber más amplio sobre la situación global del país pero desde su perspectiva libertaria en el límite urbano esos sujetos no representan “receptores preparados”.

...Paisanos, peones e indígenas necesitan la palabra del apóstol más que la pluma del historiador.⁵

Se observa que su blanco es alcanzar una faja social excluida y aplicar su discurso hasta cierto punto con la vehemencia autoritaria del guía espiritual que adivina el futuro y en ese prisma tiene el derecho de figurar en la vanguardia del movimiento social. “La generalidad del público a que alude en su discurso comprende el espacio restringido de la ciudad y probablemente originario de la capa obrera. Su punto de vista recorta fronteras de un poder que de modo subrepticio aspira a instalar un saber histórico que adviene de su proyecto testimonial.

El carácter persuasivo, ideológico y parcial del discurso ácrata no se debe a un esfuerzo premeditado de ficcionalizar los hechos sino, más bien, al conflicto entre distintos deseos en pugna por el poder. En una ciudad multilingüística, transnacional, que confinaba una masa obrera a doce o más horas de trabajo, con sueldos de hambre y viviendas de una habitación en un conventillo: la ilegalidad era una condición de vida. Hay estudios que comprueban que el delito se había incrementado en Buenos Aires en el comienzo del siglo. De 1731 delitos en 1885 hubo 11.141 en 1910.⁶

En este sentido la crónica ácrata testimonial de Gilimón vibra con el deseo de legitimación discursiva en el imaginario porteño de principios del siglo.

El sujeto se diluye en un cuerpo colectivo que necesita transgredir las reglas impuestas y la crónica busca legitimidad de los derechos contra otros deseos de control o regulación, sean físicos (policía, ejército u organizaciones paramilitares) o políticos como la *Ley de Residencia* (1902) o de la *Defensa Social* (1910).

Por ejemplo, en la crónica “La masacre”, el ruso Radowitzky, que asesinó al coronel Falcón con una bomba el 14 de noviembre de 1909, se presenta como un “sangriento epílogo” de la masacre de diez obreros en la jornada del primero de mayo del mismo año. Se decreta el habitual Estado de sitio, hay persecución y deportación de anarquistas, se asalta la imprenta de *LA PROTESTA* pero lo que el cronista enfatiza en el relato es la persecución discriminatoria a los rusos en general, incluso a los judíos pacifistas que huyeron de Rusia por cuenta de las persecuciones o matanzas.

En su búsqueda de legitimación temporal en un esquema “ojo por ojo, diente por diente”, el relato huye de descripciones espaciales, sensoriales y el intento de posponer tiempos, fechas, hechos constituye por veces un

rasgo revelador de autofragilidad discursiva. Por esto resaltamos la crónica “El año de las huelgas” que, de acuerdo con el título, se comprime en el período de 1907 y relata la huelga de los inquilinos. Ese hecho permite al cronista, desde sus límites ideológicos mirar a la ciudad desde la perspectiva del inmigrante que desilusionado con la situación de la campaña argentina, se resigna a vivir en los conventillos porteños.

Buenos Aires es una ciudad que crece desmesuradamente...La edificación no progresa lo suficiente para cubrir las necesidades de la avalancha inmigratoria y, esto hace que los alquileres sean cada día más elevados...De ahí que las más inmundas covachas encuentren con facilidad inquilinos...⁷

La huelga de inquilinos, un hecho sin precedentes europeos como acto de defensa civil, investía contra el derecho de propiedad y libraba en cierta medida al cronista de repetir un lenguaje ideológico cargado de clichés. El cronista informa con más detalles, enseñando el ascenso del movimiento y, por supuesto, su fracaso que, sin embargo, no llegaba a disminuir la originalidad de la acción circunstancial. La acción revelaba un poder de desobediencia civil que alcanzaba toda la comunidad pobre y desbordaba los límites estrechos de la “lucha de clases”.

En ese discurso ácrata militante no hay tiempo para paseos, porque no hay ocio. No hay espacio para el cuerpo o para el deseo individual porque el sujeto se moldeó para el trabajo y la escritura del cronista es un arma sin treguas en la guerra de aquel tiempo. La voz colectiva oculta el narrador individual que simula una inexistencia. No cabe en la crónica de Gilimón, por ejemplo este poema probablemente escrito después de su deportación y en la misma época que las crónicas de *Un anarquista en Buenos Aires*. Ese poema sirve de epígrafe a una obra de Juan Suriano *Trabajadores, anarquismo y Estado represor*.

Siento alejarme, quiero saber
si para siempre, de la Argentina
en la que he pasado gran parte
de mi juventud, he empezado a
encanecer, he amado y he sufrido.
He vivido amplia, intensamente.
Que eso es la vida: gozar y padecer;
sentir y pensar.
Allí queda mi familia
Mis amigos
Mis conocidos.⁸

Como propuesta histórica que maneja con convenciones de veracidad, la crónica testimonial ponía límites a lo subjetivo pues su intención era representar una voluntad de poder que entre otros discursos o poderes representaría un colectivo obrero y lucharía por legitimarse en una red plural de la experiencia urbana porteña del Centenario, donde *Gobernar era deportar*.

La crónica disputa

Si Gilimón vivía para escribir, Gómez Carrillo y Barrett escribían para vivir y sus producciones simbólicas disputaban espacio en el interior de las empresas periodísticas entre relaciones estrictamente comerciales o mercantilistas.

Los dos asumieron el rol de corresponsales de periódicos hispanoamericanos: Barrett en *EL TIEMPO*, diario argentino en 1904 y en *LA RAZÓN*, diario uruguayo durante los años de 1909 -1910. Gómez Carrillo como corresponsal de *LA NACIÓN* de Buenos Aires por muchos años. Sin embargo, mientras Rafael Barrett producía la mayor parte de las crónicas desde un espacio “bárbaro” americano - Asunción; Gómez Carrillo traía el modelo parisino del cosmopolita que construye el desplazamiento periférico en el imaginario de la modernización.

“Buenos Aires” es el título de la crónica barrettiana que merecerá aquí nuestra atención. Su construcción crea un entrecruzamiento entre el ciclo de la vida humana: infancia (chiquillos), juventud (los obreros) y madurez (el viejo) con el tiempo de un día, desde el amanecer al anochecer en la ciudad.

El paisaje de la ciudad que amanece es expresionista (“asfalto lúgubre; calle petrea; pozos de tiniebla”) y la descripción de lo humano es animalizada (“...empieza a gusanear el hombre”). En la atmósfera de la ciudad, como un espacio desfigurado, el efecto del trabajo va a chupar gradualmente la vida. El cronista enseña “los pies descalzos” de los chiquillos, pasa por “los ojos de odio y sarcasmo” de los obreros hasta llegar al “cráneo tiñoso” del viejo que la vida expulsa como a “la basura del día”.

En el ciclo de un día se presenta el viaje de la existencia en la ciudad en que el hombre nace como un gusano y muere como un resto que se tira.

El ámbito de la acumulación se manifiesta en el tiempo en que de la claridad solar se pasa a la sombra:

palacios unidos los unos a los otros en la larga perspectiva, gigantescos, mudos, cerrados de arriba abajo, inacabables, inaccesibles,⁹

Lo que distingue este texto de la retórica típica del paseo es la idea de revelar los objetos, no en escaparates fríos de las tiendas, sino en la intimidad del espacio burgués, en la contigüedad de unos con otros, para componer otro mundo: lo privado. ¿Habría aquí una desviación ácrata a la tradición modernista de Rubén Darío que, en su poema “De Invierno”¹⁰, había enseñado también un interior burgués parisino donde la colección de objetos invitaba a la armonía calurosa del amor invernal, en medio a la joven “...Carolina con un abrigo de marta cibelina...el fino angora blanco...la falda de Alençon...las jarras de porcelana china y un biombo de seda de Japón”.

Entre el discurso del nicaragüense modernista de 1888 que moldea París como el centro de la modernización y la crónica del torrelaveguense que en principios del siglo mira a la ciudad porteña hay cercanías y distancias.

En la crónica de Barrett la calle, con todo lo que hay de impredecible, pertenece al obrero. El mundo burgués comprende la posibilidad del sueño que sólo el interior propicia. El confort no se distribuye a la masa. La base de la dimensión modernizadora crea el límite entre lo privado y lo público.

El espacio interior - lo privado - no es para todos. La conclusión del texto es clara defensa de una utopía social que fundaría un nuevo orden. El texto recorre un trayecto de cuerpos y espacios para presentar su fondo ideológico, no como postulado dogmático expuesto desde el principio sino como desembocadura simbólica de la indignación que se materializa en la inquietud ácrata.

La crónica pasea

El Alma de Buenos Aires ¹¹ de Gómez Carrillo presenta una estructura fragmentada que asocia distintos espacios de la ciudad en un montaje que recuerda el paseo del “flaneur”. Gilimón asocia fechas para agarrar un tiempo pasado (la memoria del movimiento), Carrillo revela sitios para instalar su presente. La intención del guatemalteco es biografar la ciudad, por esto empieza con el trazado en forma de damero, “herencia de los abuelos españoles”. En una prosa trivial que califica y valora todo, el guía usa la guardarrropía histórica para comparar Buenos Aires a Roma, Florencia, París, Viena- el circuito eurocéntrico. La erudición del viajero quiere camuflar la distancia que hay entre el espacio central (europeo) y el periférico (americano).

Si en el discurso de Barrett el hombre era animalizado, aquí es la ciudad que se antropomorfiza. En la vitrina están las mercancías, el oro (las promesas) y las mujeres. Los que venden son alegres y el ofrecimiento del paraíso terrenal puede ser América en su microcosmos moderno: Buenos Aires. El recorte optimista trae la postura elitista que invita al sujeto al consumo y a la trivialidad. Las distintas clases sociales se presentan bajo una complacencia y alabanza en un discurso celebratorio del “statu quo”, que no reserva tampoco al inmigrante algún trazo de disgusto:

...antes podían ser todo menos tristes. Se ha visto jamás a Jason triste?¹²

A cada fragmento una imagen obsesiva del modernismo: la fetichización de la mercancía que transforma todo en museo de lo presente. La nostalgia de los espacios oligárquicos (como el Teatro Colón), invadidos por el crecimiento de las capas medianas. El artificialismo de la naturaleza (imitación de los jardines franceses). La canción del oro que idealiza a los millonarios.

Sin embargo, el mejor ejemplo de ese poder de dictar la moda a través de la crónica se refiere al tema del tango. El cronista desplaza la visión del baile como hecho casi más parisino que porteño y en este sentido la danza que era calificada por las élites argentinas como transgresión, habiendo sido, incluso prohibida en las embajadas en el comienzo del siglo, pasa ahora a ser incorporada como un hábito o moda para la gente de bienes.

Así es que en el caso del tango, originario de la misma ciudad, necesitó el sello de París para convertirse no sólo en moda como en una expresión cultural típicamente porteña.

En cuanto a la temática social, el cronista hace, en forma directa, la pregunta retórica en un discurso que parece funcionar como de encargo:

¿ Dónde están los vencidos, los sin trabajo, los derrotados en la lucha por la vida? ...Yo no los veo y ello solo basta para dar a la ciudad un aspecto de dicha, de bienestar y de alegría que en ninguna otra parte del mundo se ve.¹³

Del comienzo al fin, el discurso gira alrededor del optimismo, de una escritura que celebra la ciudad en una mirada inofensiva y alagadora.

Transitoriedad

Si Gómez Carrillo mira la ciudad de Buenos Aires de fuera hacia adentro, estableciendo una convergencia que vincula esta ciudad a un centro - París; en una fuerza centrífuga. Barrett construye un discurso en que se mira la ciudad desde adentro hacia sus límites, en la divergencia, en la periferia en fuerza que se aleja del centro en una fuerza centrípeta que aísla el cuerpo obrero rumbo a la utopía. En otra de sus crónicas se lee:

Buenos Aires que es el mercado, el puerto, la aduana, que es la capital...Buenos Aires que por ser caja fuerte es tribunal y cuartel; Buenos Aires, teatro instructivo de la lucha de clases en América Latina; ...donde miles que usufructúan el lujo y otros en la democracia de las calles - la única democracia de estas latitudes - se aprietan y se frotan, cargándose de una electricidad de venganza...¹⁴

Si uno de ellos sólo ve a través del escaparate, el otro con sus ojos de rechazo radiografía permitiendo que la función ideologizante domine todo.

Si uno ve únicamente por fuera, los otros pierden el exterior al mirar solo adentro y, en ese sentido, los tres cronistas se complementan en una triple mirada, la de los lectores.

Como intelectual universal, Barrett es capaz de extender sus saberes críticos a los ámbitos más diversos de la praxis social para juzgarla. Contemporáneo del caso Dreyfus en Europa y de la actitud de Émile Zola frente a la injusticia que forjó el sentido de la voz “intelectual” como sustantivo, Barrett también reclama para su discurso la conciencia de todos. No obstante su discurso ético revela en encaje anarquista del individualismo a la Tolstoy - típico de la moral neorromántica que sirvió de crítica social al progreso y a la modernización.

La crónica de Carrillo crea un fetichismo erótico que solo llega al éxtasis en la epifanía del consumo. En Barrett, el discurso redentorista evoca el conjunto grotesco formado por la ironía que mezclada a lo hiperbólico, quiere romper el cristal del escaparate modernizador.

La retórica del paseo en Gómez Carrillo revela al archivista que decora la ciudad y promueve la publicidad de los nuevos hábitos urbanos de la élite; el paseo de Barrett señala, sin embargo, los que se excluyen, el otro, de

quien él se convierte en vocero. ¿O de quién él toma la voz? El cronista ácrata es el escribano que ofende la armonía y la ostentación de lo moderno. Al contemplar el reverso, sale de los límites impuestos por el “voyeur” para descubrir en la fisonomía modernizada las máscaras de la deformidad.

El discurso testimonial ácrata de Gilimón que se mantuvo clandestino flota por la historia en su desborde y las dos crónicas profesionales, la que celebra o la que desmantela productos del imaginario porteño, dejan huellas en el tiempo dónde el bandoneón llora y se baila ese sentimiento triste: el tango.

NOTAS

- 1 En la obra *Treinta años de mi vida*, Gómez Carrillo relata cómo por obra de Rubén Darío que creó *El Correo de la Tarde*, él pudo hacer una entrevista al presidente de Guatemala, que, en seguida, le concede una beca de estudios en Madrid. El excerto está en *En Plena Bohemia*, parte de *Treinta Años de mi Vida* libro 2, Madrid: Ed. Mundo Latino, 1924, p. 27-28
- 2 Gilimón, E. - *Un anarquista en Buenos Aires*, Bs As: CEAL, 1971.
- 3 Gilimón, idem, p. 16.
- 4 Idem, ibidem.
- 5 Idem, p. 17.
- 6 Vide Panettieri, J. - *Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva en Argentina 1870-1910*, Univ. De la Plata, 1966.
- 7 Gilimón, E. idem, p. 84.
- 8 Suriano, J. - *Trabajadores, anarquismo y Estado represor*, Bs As, CEAL, 1988, p 1.
- 9 Barrett, R. - “Buenos Aires” - *Moralidades Actuales*- OC, v.1, Bs As: Ed. Americalee, 1954, p. 21
- 10 Darío, R. - *Azul*, Buenos Aires, Sociedad Editora Latino Americana, 1945, p. 151.
- 11 Gómez Carrillo, E. - “El alma de Buenos Aires” en *LA NOVELA SEMANAL*, Bs As, 1918, p. 18.
- 12 Gómez Carrillo, E. idem, p. 19.
- 13 Idem, ibidem.
- 14 Barrett, R. - “Psicología de clase” - *El terror argentino* - OC, v. 1, p. 169.